



BIBLIOTECA AÑIL

Entre el complejo de Orbajosa y el síndrome de Urabayen

Francisco Gómez-Porro

A caso todas las teorías sobre una región no tengan más objeto que el de preguntarse cómo nos ven y cómo nos vemos. Un tópico pertinaz de la crítica literaria viene asociando Orbajosa —la «inmunda gusanera» clerical y tenebrosa que sirvió a Benito Pérez Galdós para escribir su primera novela social y denunciar a «las personas que parecen buenas y no lo son»—, con la bella ciudad alcarreña de Sigüenza (Guadalajara).

No hay nada en *Doña Perfecta* (1876) que abone tal afirmación. Hoy la polémica carece de interés literario y apenas merece unas líneas. Ni la Sigüenza de ayer era distinta de cualquier otra ciudad española de provincias, ni parece probable que Galdós se sirviera de ella más allá de su proyecto de crear un escenario verosímil para situar a sus personajes contemporáneos. Pedro Ortíz Armengol ha demostrado la cadena de desagrazos que el autor, consciente del daño que habría hecho sin proponérselo a una ciudad que goza del privilegio de figurar en el *Cantar de Mio Cid*, llevó a cabo en sucesivas creaciones literarias. Pero el tópico sigue ahí, y es como síntoma de una mirada o de una actitud, como expresión de un lugar común que se repite constantemente con distinto matiz en la apreciación de pueblos y ciudades regionales, por lo que viene a estas líneas.

Antes, cuando los escritores españoles salían de Madrid a provincias solían hacerlo por tres razones de peso: la primera era la de escribir un libro, cosa que no ocurrió con relativa frecuencia hasta finales del siglo XIX; la segunda, más corriente, para conseguir un acta de diputado; y la tercera, también muy frecuente, para cumplir la pena de destierro. Esta última es la de más solera y tiene un ilustre antecedente en las estancias de Francisco de Quevedo en la Torre de Juan Abad y Villanueva de los Infantes (Ciudad Real), donde moriría (1645).

Por lo demás, no parece que la presencia de cortesanos, prohombres y escritores tuviera mayores implicaciones para las tierras que recorrían que aquello que Lope de Vega, otro desterrado, registró en versos no carentes de indisimulado pitorreo, refiriéndose a los desplazamientos de la Corte por los pueblos de las dos Castillas.

*Partióse el Rey, llevóse a los amantes,
quedó al lugar un breve olor a Corte,
como aposento en que estuvieron guantes.*

Olor a guantes, frufú de gasas, miradas furtivas que sopesan la calidad de la tierra o los dividendos que produce su abandono o su explotación, recelo por el turbio pasado de bandidos, putas y venteros de sus moradores, compasión por sus muchas miserias, apenas una palabra de agradecimiento y un puñado de reales arrojado desde las diligencias.

Galdós, que, como Cervantes, fue en casi todo un precursor, cuenta en sus memorias que conoció Sigüenza a través de la ventanilla de un tren. Se asomó a la ciudad y alcanzó a ver las charangas triunfales que el arzobispo Benavides había preparado para agasajar a los generales triunfantes de la Revolución del 68, a Prim y su amigo, el general Serrano. Cuando este último descubrió al dignatario eclesiástico en la estación, hizo parar el tren y la comitiva militar descendió para abrazarse en medio de los aplausos del paisanaje. Galdós era entonces un chico folclórico, tímido, tenaz, que invertía sus mejores logros prosísticos en las columnas de los diarios contando a los españoles los avatares de la política. Por su proximidad a Madrid, por su carácter de ciudad agropecuaria, por la vida cerrada que vio o creyó intuir aquel día, es posible que Sigüenza estuviera presente en la redacción de su novela como esbozo preliminar, pero no como localización precisa, como modelo, sino como marco que se vislumbra para darle fondo a un tema, en torno al cual se aglutinan los distintos motivos de la novela.

A pesar de todo, algunos lectores avisados no han cesado de identificar Sigüenza con la hipócrita villa de Orbajosa, de tintes bituminosos, gobernada por los curas y roída por el caciquismo, donde se consume trágicamente la vida de los dos amantes. Las gentes de esa Orbajosa galdosiana viven en un perpetuo rechazo a los «perdidos de Madrid», los viciosos e instigadores que malogran la pacífica vida orbajosense con sus ideas y deseos de transformación social.

Parecidos estigmas y baldones pesan sobre muchos lugares de una región que se ha hecho en sus caminos. Lo más frecuente es que para los castellano-manchegos, el viajero madrileño, una vez con buenas y concertadas razones y otras sin ningunas, recalara en provincias para sacar tajada. Este fenómeno fue recogido por Antonio Machado, que, en una de sus primeras colaboraciones periodísticas (*La Caricatura*), escribía: «Tengo el gusto de participar a ustedes que D. Venancio González ha

RESUMEN:

El presente texto es la Introducción al libro *Avena Loca: Miradas y Noticias de literatura en CLM*, primer título de la Biblioteca Añil, que acaba de aparecer en el mercado. Su autor, Francisco Gómez-Porro, escritor y subdirector de Añil, plantea en él una profunda revisión de aquellos textos que desde o sobre nuestra Región se han escrito, desde el arcipreste de Hita a nuestros días, con el objetivo de desentrañar, a través del paisaje, cómo nos hemos visto y cómo nos han visto desde fuera a los castellano-manchegos. "Si existe una literatura específica de esta región —avanza el autor— se deberá a la especificidad de nuestro paisaje, así como a nuestra forma de vivir, de estar en el mundo".

estado en Tembleque y en Villacañas. El hombre estuvo visitando los *silos* y hablando de las inundaciones. Ha ido con el propósito de construir un barrio, con unas casas muy bonitas, de un solo piso, con patio y cuadra. Menos mal que se ocupa de los animales. Dentro de breves días regresará a Madrid a reunirse con sus compañeros de Gabinete. Ya podemos estar tranquilos.»

Hay en los castellano-manchegos de hoy una propensión a mirar lo suyo con una cierta indiferencia desdeñosa, propia de quienes se han visto reflejados demasiadas veces en una imagen gastada, cautivos de una película de desdoro, protagonistas de una historia que les excluye y de una literatura que les disfrazaba de trasuntos cervantinos, caballeros toledanos, o curas conquenses o alcarreños, para mejor olvidarlos en el presente.

En el extremo de este complejo de Orbajosa sobre lo propio se encuentra la visión desnaturalizada, esperpéntica de la realidad regional. Nos vieron mal y, por eso, mal nos vemos. Pero también nos hemos visto tan mal a nosotros mismos, que no es difícil que se nos vea todavía con cierto recelo, o que, en el peor de los casos, apenas se nos vea.

En su novela *Don Amor volvió a Toledo*, el toledano por adopción Félix Urabayen narra con deliciosa ironía el desfile celebrado en Madrid para conmemorar a las regiones españolas. Después de un arduo proceso de selección entre la quincalla heráldica, en el que se desechan el pendón de Las Navas y el estandarte de Lepanto, y trifulcas más o menos sonadas entre la tropa erudita, Toledo comparece en la capital de España con el pendón real donado a la ciudad por Pedro el Cruel.

Llegado el día de los fastos, los prohombres toledanos abren el pintoresco desfile precediendo a las barras catalanas e imponiéndose orgullosamente a todos los demás representantes y símbolos regionales. Más tarde, el recalcitrante don Inocente, trasunto de los clérigos galdosianos, descubrirá que lo que, en realidad, ha recibido honores militares y populares, y lo que ha hecho aplaudir y emocionarse a la multitud de la capital de España, no ha sido el honroso símbolo de Castilla, sino una vieja colcha olvidada en una vitrina.

Han sido este tipo de absurdas mixtificaciones lo que ha favorecido que lo mejor de la cultura castellano-manchega se vea cubierto por la pátina de la vulgaridad que impide hoy a sus habitantes descubrirse como protagonistas legítimos, junto al resto de los españoles, de una historia común. A eso ha contribuido no poco el hecho incontestable del abandono en que las tierras regionales han vivido, su escasa o nula incidencia en la política, en la economía o en la cultura española. Y no por falta de pasado, sino por ausencia de una presencia consciente, de una representación legítima de sus gentes. Tal vez, porque a La Mancha, sea de Ciudad Real o de Albacete, no le hizo nadie caso en su puñetera historia, como escribió García Pavón. Por el contrario, en el polo opuesto, a Toledo se le ha hecho tanto caso que ha llegado a convertirse en un símbolo que pesa como la tapa de un ataúd sobre sus gentes.

Baste para ilustrar cuanto antecede el breve relato de aquella conmemoración que, con motivo de los trescientos años de la aparición del *Quijote*, tuvo lugar a principios de siglo (1905). España había entrado en el siglo por la puerta del fracaso; su identidad y su ímpetu se habían desmoronado. Una generación de brillantes escritores señalaban sus estigmas y el lugar por el que, gota a gota, se le vaciaban sus sueños de poder y de gloria. Se necesitaban entonces valedores firmes de una nueva energía, un moti-

vo sobre el que gravitaran las conciencias en torno a una empresa común que la vida política había sido incapaz de crear.

Actuando de vocero de las instituciones académicas, Mariano de Cavia escribió un artículo en *El Imparcial* (2-12-1903), en el que alentaba a la conmemoración del libro inmortal en una «fiesta común a todas las naciones». Se trataba, en opinión del eximio periodista, de reinventar España después de los desastres de fin de siglo, de proporcionar algún alivio moral a un pueblo paralizado por el estupor de su propia contemplación en el vacío histórico y en la ineptia política. Sin colonias, sin mares ni tierras lejanas, a España sólo le quedaba el *Quijote*, la historia de un loco que recorría la tierra árida en busca de respuestas a sus sorprendentes alucinaciones.

Había que acercarse a la realidad española de otra manera, que nadie confundiera a Dulcinea con una moza de posada; se trataba, como se ve, de suplir con la ficción las miserias de la realidad, de quijotizar la vida española. El presidente Maura no lo dudó, y un Real decreto firmado tiempo después por Alfonso XIII no hizo más que confirmar este impulso mixtificador (2-1-1904).

Con independencia de las nobles páginas de buena literatura que descollaron entre toneladas de literatura muerta, el mito se levantó; se engendró, por así decirlo, en las calles de Madrid, y de ahí multiplicó sus hechizos entre las principales provincias españolas. Las «procesiones cívicas» encabezadas por altas personalidades de la política y de la cultura rindieron tributo a Cervantes y, de paso, a España, a su extraña capacidad para regenerarse a través de una creación literaria que tenía como paisaje una zona interior de Castilla que muy pocos habían visitado hasta entonces.

Pero no lejos de allí, donde el cielo quiere ser tierra y la tierra quiere ser cielo, que escribiera Bergamín, los hombres seguían atribulados por el rescoldo violento de las luchas civiles, empobrecidos y ajenos al evento, depositarios de una memoria que no estaba escrita en las páginas de libro alguno, y cuya existencia se superponía a la del mito de Cervantes que España recreaba para provecho de sí misma.

Con mayor o menor boato, se hicieron fiestas en Argamasilla de Alba, Alcázar de San Juan, Ciudad Real, Albacete, Cuenca y Toledo. Hubo conferencias en los casinos, actos públicos en las plazas, procesiones en las calles. Pero no hay que engañarse. Ninguna de estas cosas sirvió para que los habitantes de la Región vivieran un poco mejor a partir de entonces o fueran mirados con una consideración distinta. Hasta los ilustrados habían sido más clementes con la dura realidad cuando denunciaban el abandono a su suerte de los campesinos castellano-manchegos. Así debieron vivirlo los pobres de los asilos que asistieron invitados a las conmemoraciones para comer la olla benéfica, merced al señor don Quijote. Así lo entendió también el ventero de Argamasilla que, ese mismo año, acogió a *Azorín*, y que, para ganarse unas perras, no cambiaría un sólo objeto de la habitación donde el escritor había dormido, como le confesaría veintidós años después al chileno Augusto D'Halmar, en viaje por la misma ruta.

Paisaje literario y paisaje social: Una ruta histórica

Este libro también es un camino. Se propone llevar a cabo unos apuntes, noticias, miradas sobre la literatura y lo literario refe-

ruido a una circunstancia regional, porque me parece que Castilla-La Mancha, bien por ese complejo de Orbajosa que siente repugnancia de la fealdad con que ha sido vista o representada, o porque el síndrome de Urabayen le lleva a verse bajo palio de un agobiante pasado ligado a la evolución histórica de España, continúa siendo ese lugar de la cultura y de la vida española al que a nadie le da la gana ir, que era lo que Camilo José Cela decía de La Alcarria, en la dedicatoria a Gregorio Marañón que pusiera al frente de su libro memorable.

Camilo José Cela hizo la ruta histórica de la España real frente a la oficial porque le dio la gana, pero también porque tenía antecedentes ilustres en las excursiones escolares de la Institución Libre de Enseñanza, en la generación del 98 y en los hombres del 14; en esa España de *andar* y *ver* que fue y es el único modo de reconocerse libres de particularismos cerriles en el mismo espacio, penetrados de ideas comunes y posibilidades de convivencia. Para todos, España emergió más clara en sus limitaciones y proyectos a partir del paisaje español. España, como proyecto, se interpuso entre el ojo y la tierra porque estaban necesitados de modelos teóricos a los que trasladar sus reflexiones sobre la vida y la convivencia de los españoles.

Tampoco en esto fueron originales. Ya antes Cervantes y Juan Ruiz habían comenzado su periplo andariego rescatando de entre la oscura compacidad de la España oficial el rostro sin afeites ni maquillajes de la España real. Y para ello eligieron la otra Castilla, la Nueva, aquella que, en el transcurso de los siglos, se había visto fortalecida como expresión sinónima del Reino de Toledo.

Existe una tradición cultural consistente en carecer de tradición cultural, que ha barrido del mapa mental de los castellano-manchegos cualquier posibilidad de representación estética y literaria de la propia tierra donde viven, más allá de la monumentalidad del legado toledano o la impronta de la mirada cervantina. Pero, retomando el postulado orteguiano por el cual España es una cosa hecha por Castilla, se puede afirmar que Castilla-La Mancha es, en su estricta significación histórica y cultural, una cosa hecha por Castilla, surgida de la voluntad castellana de apropiación territorial, que acabará convirtiéndose en una «cosa» hecha por España, y que, por un incierto destino, siempre asociado a las decisiones coyunturales de los diferentes procesos históricos habidos en el país, concluirá en ser conformada por Madrid, por la visión de Madrid y por las implicaciones económicas, políticas y culturales que se desprenden del hecho incuestionable de su dependencia de la capital de España.

Este proceso histórico, que, en mayor o menor medida y según las épocas influirá en la mirada española sobre lo castellano-manchego, determina en buena medida su literatura y la literatura que sobre el territorio castellano-manchego se alumbra. Ya que si existe una literatura específica de Castilla-La Mancha, se debe al hecho de que existe un paisaje castellano-manchego. Una forma de vivir, de *estar aquí*, que no puede ser de otro lugar, y que la literatura, sean o no originarios de la región sus creadores, ha reflejado.

Don Quijote no puede existir en otro paisaje, como ya se encargó Cervantes de advertir ante el taimado intento de Avellaneda de sacarlo de la tierra en la que había nacido, para llevarse «contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja».

Cervantes abrió la posibilidad de una nueva ruta histórica, como antes lo había hecho el Arcipreste de Hita, un espacio geográfico y cultural en el que reconocerse, un paisaje que es social en cuanto conciencia de lo que uno *ve*, en cuanto medida que traduce por acción u omisión las características esenciales de quienes viven en él. Yo soy el paisaje que veo, en el que trabajo, en el que amo y siento. La morfología de su entorno responde a mis proyectos, deseos e intereses. Sus cualidades estéticas son aquellas que se desprenden de mi observación y de mis proyecciones en él.

Existe una tradición cultural consistente en carecer de tradición cultural, que ha barrido del mapa mental de los castellano-manchegos cualquier posibilidad de representación estética y literaria de la propia tierra donde viven, más allá de la monumentalidad del legado toledano o la impronta de la mirada cervantina.

Una ruta histórica por este paisaje supone la interiorización de una cultura, el redescubrimiento de las líneas maestras que la hicieron posible en toda su plural vitalidad. Una ruta histórica regional, sea literaria, política o cultural será aquella que se proponga enriquecer y enriquecerse con las aportaciones y trasvases de las culturas vecinas. De ahí que este libro sea, sobre todo y sin vocación de exhaustividad, el cuaderno de bitácora de un viaje por esas vías que se ejercitan en el recorrido a ras de tierra de un lugar, que lo confinan en una realidad apreciable donde la crítica opera como un elemento de interpretación vital o construcción moral, que también es política, de una realidad más amplia.

El lugar: mirada y memoria

Decía Ruano, a propósito de Cuenca y del poeta Federico Muelas, que no hay tierras sin hombres y sin nombres. Y alertaba sobre las catastróficas consecuencias de ese vacío para las comunidades que tal desacato cometieran. «La patria chica no es sino la maqueta de la patria grande», escribía, cuando todavía plateaba el espíritu de las hoces conquenses en su proa literaria. Ciertamente que Ruano, hastiado, resentido y echando pestes contra la tosquedad provinciana de sus habitantes, abandonó Cuenca dejando una gavilla de artículos dignos de recordación por su inestimable valor de documento sobre una ciudad para la que todavía en el siglo XIX, viajar a ella suponía abismarse en la más incómoda y peligrosa de las aventuras.

El paisaje —y no la lengua— como recorrido por los susurros que informan sobre nuestra naturaleza esencial como pueblo dotado de una peculiaridad histórica que afecta al vivir y al sentir de nuestros autores, es el gran patrimonio de Castilla-La Mancha. La gran lección de Juan Ruiz, del autor anónimo del *Lazarillo*, de Cervantes, de todos los que por aquí pasaron, es que nombraron la realidad en sus aspectos vitales. Galdós, Cela, Aldecoa, Sampedro, Ferlosio, harían lo mismo mucho

después. Y poco importa cuál sea su filiación natalicia si sus creaciones, relativas y no adjetivas, precisaron con exactitud y claridad el carácter de lo que vieron. Por esta cualidad de apropiación, con la que cada autor hace suyo un paisaje, nos será posible entender qué literatura podemos considerar castellano-manchega y qué otra, pese a la procedencia de su autor, no lo es ni lo será nunca.

En consecuencia, interesan aquí aquellas obras que afectan a un *lugar*, que lo desmenuzan, que lo confinan y levantan a través de sus páginas; el conjunto de miradas, en suma, que se involucran en un trozo de tierra y de vida española. Nada es ajeno al paisaje, y mucho menos, al paisaje propio de cada uno. Por el paisaje y a través de él los hombres establecen sus signos de diferencia y de semejanza, sus valores y sus ideas. «El patriotismo es ante todo la fidelidad al paisaje, a nuestra limitación, a nuestro destino», decía Ortega y Gasset. Limitación que, por lo que toca a este libro, ha de ser apreciada como carencia de proyectos autoritarios tendentes a la exclusión de nuestras similitudes con el resto de los pueblos de España. Destino, en cuanto españoles que aspiran a enriquecerse con el legado cultural del resto de las regiones.

Pero es imposible saber quién se es si no se sabe el lugar de donde se viene. Y Castilla-La Mancha viene de una aventura humana, política y cultural que ha dejado su impronta en la literatura española de modo concluyente.

El paisaje como dualidad compuesta de naturaleza y sociedad nos informa más que cualquier otra circunstancia vital sobre la identidad de sus gentes y del modo con que estas proyectan ese mismo paisaje en sus quehaceres. Jesús García Fernández, en su libro *Castilla: Entre la percepción del espacio y la tradición erudita* (1985), ha rastreado el origen de esta mirada primordial sobre la Castilla de abajo: «Las semejanzas del paisaje a ambos lados de la Cordillera Central, el hecho de pertenecer también a la Corona de Castilla, y la conciencia transmitida por tradición oral de que había sido reconquistada bastante después, dieron lugar a que se forjase la denominación de *Castilla la Nueva*». Y así, esta, «por contraposición a la que se encontraba *de aquende de los puertos*, a la Castilla que se encontraba más al norte, y era anterior, la empezaron a denominar *Castilla la Vieja*».

Castilla-La Mancha no ha necesitado fabricar un mito o inventar una genealogía fantástica para justificar su presencia y su importancia en el actual mapa de España. En el pasado, pertenecer a cualquiera de las provincias que hoy componen la región era una forma de ser español, sin pararse en mentís de payés, baturro o vizcaíno. En la actualidad nadie puede negar los beneficios de una actuación política de la que se han derivado tan positivos resultados como el acceso a la educación de las capas sociales tradicionalmente apartadas de ella. Pero ser castellano-manchego hoy es pertenecer todavía a un espacio neutral, de indefinición histórica, de expectativas limitadas por la falta de un discurso que autentique nuestra presencia cultural como pueblo al lado de las comunidades que se reclaman históricas o que utilizan la historia como piedra en onda de pastor.

Por eso, este libro, lejos de ser una historia de la literatura castellano-manchega (como quisiera honradamente el editor), pretende antes que nada configurar un espacio de identidad regional, en el que lo literario coopera como elemento de cohesión cultural en beneficio de nuestra nacionalidad española y nuestra aportación, la de este paisaje, a la cultura universal.

La pregunta, pues, a que convoca este empeño, para el cual me propongo recorrer algunos itinerarios y detenerme en algunas estaciones, es qué despierta o despertó Castilla-La Mancha en los poetas y escritores españoles, de qué modo la han sentido y vivido en sus páginas, cómo la hicieron suya mediante la reelaboración estética de su experiencia, o de qué manera, huyéndola, han penetrado todavía más en su personalidad. Y para eso no ha de bastar la supervisión de las obras de legítima calidad, autenticadas por los valores de la tradición crítica, el aplauso popular o las excelencias de la valoración académica. También caben aquellas en que, incluso en la predominante sensibilidad literaria que durante siglos ha privilegiado lo pintoresco sin alcanzar los sustratos de lo real, puede confirmarse la dirección de un impulso, de una misma mirada de reconocimiento.

En este sentido, el estímulo más eficaz y poderoso que me ha servido para dar remate a las páginas que siguen ha sido el pasaje de Manuel Azaña que sirve de pórtico a esta introducción y al libro mismo. No debe sorprender a nadie que así sea. Estas breves reflexiones de Azaña toman del paisaje regional castellano-manchego, de su literatura, los elementos con los que configura su idea del porvenir de España. Azaña consideraba que él también venía de una tradición muy española que consistía en negar España sin conocerla, como si el solo deseo de abolir el pasado bastara para desprenderse de sus miserias presentes. Era la *avena loca* de un país traumatizado por la quiebra de los valores tradicionales, la España de Baroja y sus novelas de «vagabundaje» por Toledo y la Mancha albacetense, la de *Azorín* y sus miradas ideales sobre el mundo rural castellano, conformista, congelado en una estampa de rancio sabor cervantino; la de los hombres de silex que viera Ciro Bayo en sus viajes de pesetilla y campo a través por los campos manchegos; la España de Toledo, con sus herrumbrosas lanzas y su pasado insobornable; la España furiosa de inteligencia mística del *Quijote*, de Unamuno; la de Eugenio Noel, con sus manchegos, villanotes, brutos, informes, aplanados sobre la tierra como sobre la palma de la mano de un viejo.

No pretendo, por tanto, inventariar datos, autores, títulos y fechas organizados científicamente, con un criterio exhaustivo, sino aportar algunas claves que contribuyan a la recuperación de nuestro patrimonio cultural mediante un recorrido por esas rutas que, a mi modo de ver, siguen esperando esa «lección» que Azaña fue a buscar a Toledo, con el fin de encontrar un porvenir mejorado para los españoles.

Francisco Nieva ha escrito: «Los manchegos fueron desde hace siglos una autonomía desde dentro y antes de tener una conciencia política propia de ella, que tampoco es agresiva sino confiada y con cachaza».

En Castilla-La Mancha nunca existió conciencia política porque no ha tenido conciencia histórica, porque la conciencia necesita de descubrimientos, relecturas, nuevas miradas, capacidad de análisis y de autocrítica. Una sociedad que prescinde de su pasado como aglutinante de su vida pública es una sociedad en perpetuo estado embrionario, sin que sus con-



Fotografía aparecida en el diario de Toledo «El Castellano», número extraordinario del Corpus de 1928.

fictos alcancen una resolución consecuente. Una sociedad cuyos habitantes son incapaces de articular una respuesta frente al paisaje que les rodea, verá su sentir y vivir como pueblo falto de expectativas. El poeta irlandés Seamus Heaney ha escrito a propósito de su país natal: «La isla de Tory, Knocknarea, Slieve Patrick, lugares todos ellos estrechamente relacionados con una tradición muy antigua, no nos conmovieron más allá del placer visual a no ser que dicha cultura signifique algo para nosotros, a no ser que las características del paisaje sean un modo de comulgar con algo que no es el paisaje mismo, con algo a lo que nosotros mismos todavía creemos pertenecer».

Ese algo a lo que creemos pertenecer es lo que este libro fue a buscar, a trompicones, con paradas largas en lugares de poco provecho y demasiado cortas en los que reclamaban mayor atención. Pero es imposible saber quién se es si no se sabe el lugar de donde se viene. Y Castilla-La Mancha viene de una aventura humana, política y cultural que ha dejado su impronta en la literatura española de modo concluyente.

Sin embargo, todo parece indicar que esta plural realidad de nuestra cultura regional en el pasado viene marcada hoy por un imponente, sugestivo y átono poder homogeneizador que se inscribe en la órbita del paraíso diseñado por los teóricos de la globalización, fenómeno histórico nuevo, impulsado por las tecnologías de comunicación e información.

Pero los resultados de estos afanes no vienen siendo hasta ahora los de una reconciliación menos amarga del hombre con su entorno, y los castellano-manchegos, que hasta no hace mucho vivían en una sociedad predominantemente agraria, tan dependiente de los azares del cielo y la aridez de la tierra como

del cacique, pueden verse hoy inmersos en un horizonte moral en el que el hombre es sujeto invisible y neutro de una sociedad homogénea, deshumanizada, perfectamente racional, donde la máquina y las tecnologías actúan como elementos uniformadores de la realidad. Y es aquí, precisamente, donde comparece un tipo de apreciación cultural que, por lo que toca a este libro, nada tiene que ver con la llamada tribal a las raíces, con el nacionalismo excluyente y fanático, redentor y victimista, sino como refundamentación de un ámbito de identidad que, como ha escrito José Luis Abellán, actúe como reparación o resarcimiento, como elemento de compensación frente a la homogeneización uniformadora que convierte a los seres humanos en números.

Frente a la globalización de la economía y del pensamiento, el valorar el lugar y la tierra donde se ha nacido no tiene que derivar en actitudes agresivas de racismo, xenofobia y violencia, sino en una manera de entender el lugar propio que ayude a enriquecer el mundo en el ámbito de la creación de valores artísticos, intelectuales y culturales.

Habrà que combatir previamente ese complejo de Orbajosa que es hoy la patología de un estado cultural donde el ingrediente constitutivo de cualquier propuesta literaria o artística es esa huida de todo lo que signifique «raíces», «lugar». Viejas palabras que, por otra parte, han sido saqueadas hasta la consumición por el tartamudeo ideológico de una memoria incapaz de expresar su pertenencia a una comunidad regida por experiencias comunes a las de otras regiones españolas.

En el otro extremo se encuentra ese síndrome de Urabayen, la autocomplacencia chillona, ditirámica, que ayer hallaba canales para la exaltación de la propia tierra en los juegos flo-

rales y hoy se presenta promocionada desde distintos zaquizamís políticos, mediáticos y culturales.

Entre el complejo de Orbajosa, con su timidez impostada para hacerse notar, su autocomplacencia gazmoña y su rechazo avergonzado ante cualquier propuesta que tenga en la región el espacio o la piedra de toque de su indagación literaria, y el síndrome de Urabayen, oficialista, que pintarrajea de buena fe y con mal estilo banderas de la Comunidad Autónoma sobre las fotografías de los asistentes a la celebración del «día de la región», cabe un futuro aún no escrito, no imaginado todavía, horro de pronunciamientos chapuceros a propósito de la identidad regional, pero también del que estén ausentes los centuriones de la raíces, los corifeos de tendencias, de paladines de la vanguardia beduína que hoy aterrizan con el helicóptero en los patios de recreo para untar con mantequilla de cultura el pan duro de los colegiales, y se marchan después con el viento a otra parte.

Resulta inaceptable la opacidad cultural que hoy condena a la Región, a cualquier región española, a un papel de neutralidad, de difuminación de su proceso histórico, con independencia del grado de importancia de su evolución, ante la apelación de otras cuya ejecutoria se nos muestra más nítida.

La tradición es una creación de la cultura, de la historia y de la poesía. No es una elaboración directamente popular, aunque se nutra esencialmente de la memoria histórica del pueblo. La tradición siempre es culta en la medida en que trasciende la esfera virtual de su origen para convertirse en un proyecto de interés común para el presente. En este sentido, resulta inaceptable la opacidad cultural que hoy condena a la Región, a cualquier región española, a un papel de neutralidad, de difuminación de su proceso histórico, con independencia del grado de importancia de su evolución, ante la apelación de otras cuya ejecutoria se nos muestra más nítida. El respeto y el reconocimiento de nuestra coexistencia cultural, como parte de la cultura española, pasa por reconocer a través del paisaje y de las implicaciones culturales que sedimentan en su percepción, todo ese magma al que nos debemos. Hay que recuperar esa manera cervantina de interpelar la realidad atribuyendo a cada cosa su valor, a cada hecho su significación y su sentido exacto como piezas básicas de una experiencia propia, viva y singular.

Recrear nuestra tradición vale tanto como decir crearla, hacerla posible desde ahora mismo, hacer nuestra la tarea de traperos del tiempo que Galdós reclamaba para su labor literaria.

Recrear nuestra tradición y alimentarla con los frutos de las sensibilidades literarias conlleva necesariamente dotar de herramientas a nuestros zahorís. Significa tener confianza en nuestra tierra, en nuestra peculiar experiencia colectiva, en la lengua española como materia capaz de alumbrar la expresión de nuestros sueños, en la educación como instrumento de conocimiento y transformación social. Significa, sobre todo, reco-

nocer que cultura, como escribía Antonio Machado, es «intensidad, concentración, labor heroica, callada y solitaria, pudor, recogimiento antes, mucho antes que extensión y propaganda».

Si no somos capaces de venerar la piedrecita que Galdós arrojó en la boca de la *bicha* de la Catedral de Toledo, si no aprendemos a columbrar en el horizonte esa «campana de cristal» que García Pavón y Goytisolo entrevieron en el espejismo de la llanura, si no entendemos la lección de Urabayen, anhelante de una literatura que era cuna y sepultura de sueños tapiados; si no vemos en La Alcarria el nacimiento de una cultura nueva surgida tras la expansión territorial de Castilla y punto de partida de un proyecto de vida española que es también un camino... Si, por concluir, no somos capaces de recuperar esa necesidad española que puso en movimiento la Institución Libre de Enseñanza y hombres como Azaña o Galdós, de conocer la realidad en la que vivimos, nuestro destino, en términos culturales, no será el destino de España, sino el de una extraterritorialidad adjetiva, que cae en la trampa tendida por los nacionalismos redentores, olvidando su deuda y su compromiso con la parte más fecunda y atractiva de su personalidad.

Refundar nuestra tradición cultural no es una veleidad dirigista, encaminada a uniformar la vida social y cultural, sino ir al encuentro de unas posibilidades más duraderas de identidad regional que las que se derivan de nuestra idiosincrasia burocrática o las campañas publicitarias destinadas a fomentar e incrementar la conciencia política.

A menos que en los próximos años se emprenda una verdadera labor de restauración y redefinición cultural, que tenga en la educación la piedra angular de cualquier proyecto, Castilla-La Mancha no será para sus habitantes más que una entelequia recurrente con que el poder político asegura la pervivencia de un territorio administrativo, cuya *realidad se escamotea* por falta de voluntad o de elementos intelectuales de reflexión positiva que inserten nuestra cultura en una tradición clara y duradera.

Sólo una cosa más añadiré, y es que no traigo en mi maleta azoriniana pistola para defenderme de los golfines, ni capa que me ampare de las tormentas editoriales, ni nada que no sea un sincero compromiso de dignificar un rincón de tierra española con la palabra. Y si me he aburrido dando cuartelillo a obras que merecen figurar por el solo hecho de haber nacido sus autores en la región, obras que no he leído, obras que he medio leído, y obras que no leeré jamás, tampoco es menos cierto que me he detenido en otras y he sacado a la luz algunas que son el pasaporte contra el aburrimiento de que suelen adolecer los manuales.

Este libro no aspira a incentivar la estúpida carrera de agravios que cada día con más frecuencia se arrojan los españoles unos a otros. Tampoco aspira a falsificar la historia ni es una llamada a las raíces. Este libro ha surgido precisamente contra ese cantonalismo cerril que transforma el sincero afecto a la tierra natal y el deseo de progreso de sus habitantes en un frío documento nacional de identidad. Siempre que he podido, he huido como alma que lleva el diablo de la pasión etiquetadora, del furor por la nomenclatura, del síndrome clasificador. He preferido seguir el camino de una intuición, hacer yo también mi recorrido por una ruta histórica, aunque las más de las veces, sea la historia de un sentimiento o de una emoción compartida y solidaria la que prive sobre las demás, a despecho de la misma literatura. ■